



Juguemos a la ronda

patricia wiese

Comunicadora social.
Área de TV, IDL

La participación de niños en la guerra antisubversiva lamentablemente no es cosa del pasado. La presente crónica, realizada con el apoyo de Save the Children, registra esta atroz realidad.

Juguemos a la ronda mientras el lobo está. Esta es la primera asociación libre que aparece en nuestra mente cuando vemos a jóvenes menores de edad rondando en sus Comités de Autodefensa, en la provincia de Satipo.

A lo largo del río Ene el lobo está y el peligro se siente. La guerra no es cosa del pasado. La consigna es "Defendernos del enemigo,

todos", y eso incluye a los adultos, las mujeres y los niños.

Severo tiene 16 años y su tarea es nocturna. Esto es absolutamente normal en la comunidad de Quempiri, el límite hasta donde se puede bajar por el río sin ser baleado por los *narcos* o por Sendero. Todas las noches, retrocarga y municiones en mano, vigila durante dos horas.

"Si viene *terruco*, yo uso", nos dice con una mezcla de frialdad y convicción. Él cuida su pueblo y no habrá nadie que lo convenza de no hacerlo.

No quieren que se repita lo pasado. Son *asháninkas* y ellos entienden qué es deber y obligatoriedad. Son jóvenes que han nacido en guerra, la mayoría huérfanos.

"Mi papá ha muerto en esto", nos dice Severo. Y por eso no le quedó otra que reemplazarlo desde los 14 años.

Río abajo

Pensamos que la presencia de adolescentes como Severo podía deberse al frecuente meroqueo de Sendero por Quempiri.

Retrocedimos por el Ene y bajamos en Puerto Porvenir, donde han cambiado los nevados por el río. Un asentamiento de colonos andinos—ayacuchanos en su mayoría— que no truecan polleras y trenzas ni por todo el calor del mundo. Ellos parecen ajenos al recelo que suscitan a su alrededor. Los asháninkas creen que son aliados de los senderistas y no los quieren.

Nancy Carrión, la profesora, nos invitó a una reunión de la comunidad en la que las respuestas aprendidas fueron lo primero que recogimos. "En rondas participan de 18 a 60 años. Antes de los 18, siempre y cuando tenga esposa", nos contesta un imponente y malhumorado jefe de la Autodefensa. Con el derecho que tenemos a dudar, seguimos indagando. Conversando con la misma profesora, nos comentó que aquí, como en muchas partes a lo largo del río Ene, los niños son "recuperados" y que ellos prefieren morir a entregarse. Los niños están adiestrados: a la menor señal de peligro se movilizan rápido. En la escuela ella los hace practicar. Si se produce un enfrentamiento, los más grandes protegen a los menores y van detrás de ellos.

Un joven andino, que ha participado en las patrullas desde los 16 años y que lleva varias emboscadas a cuestas, nos dice: "Desde los 15 años sí

pueden participar en el caso que nos falte gente. Si hay un ataque, desde los 12 años nos ayudan. De 12 para abajo, son menores que hay que proteger". Ante la ingenua pregunta de qué puede hacer un niño a los 12 años, responde que "actúan como alertas, nos dan información y apuntan las claves"; algo así como pequeños espías.

Un aproximado de 4.000 niños participaron en los Comités de Autodefensa durante la época de la guerra interna.

Sin convencernos aún de que estábamos ante una práctica generalizada, dejamos el río y decidimos movilizarnos en un taxi alquilado hacia la zona de Pangoa, donde se ubican las comunidades nomatsiguengas—los de las cushmas marrones y un idioma diferente del asháninka— que nos reciben con la misma desconfianza que hace que las versiones y los hechos se contradigan. Eso ocurrió en Mencoriari. Ni bien el jefe del Comité terminaba de decirnos con tajante convicción que en esa comunidad solo participaban en la autodefensa los que tenían DNI, apareció, inocente, Romel, un jovencito de 17 años que se paseaba orgullosamente con su retrocarga de arriba para abajo, como queriendo que le prestáramos atención, cosa que hicimos de inmediato. Dicho y hecho: nos confirmó que rondaba desde los 16 y que varios chicos de Mencoriari también lo hacían.

El pasado

El *Informe* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación registra un aproximado de 4.000 niños que participaron en los Comités de Autodefensa durante la época de la guerra interna. En Satipo encontramos a Jonathan Shereite, de 28 años, quien desde los 10 sabía disparar un arma, hacía guardia nocturna y despertaba a los otros niños para huir por las noches. En 1996 decidió presentarse voluntariamente al Ejército donde, como al resto de asháninkas, lo pusieron como escudo, para guiar los patrullajes. En una de las salidas pisó una mina que lo envió a la cama de un hospital por dos años. Ahora tiene un injerto en una pierna y una prótesis gastada en la otra. Cojea de manera ostensible, se queja de dolores constantes y no puede dedicarse a las labores de la chacra. Las marcas internas no las percibimos, por la brevedad del contacto.

En emergencia

Es una selva "aserranada". El controvertido Ene, un río con grandes piedras, como los andinos. Es una zona de emergencia, en permanente emergencia. Dieciocho años esperando al enemigo y una pacificación que no llega son determinantes. A lo largo de nuestro recorrido contamos cinco bases militares y solo una base policial de la Diroes en Meteni cuando, según la Constitución, es la Policía la encargada de velar por el orden interno en tiempos de democracia.

Lo sorprendente es que las bases militares estuvieran custodiadas por adolescentes que, sospechamos, no llegan a los 18 años, aunque cuando les preguntamos cuántos años tenían nos contestaron que 18. Es

conocido que muchos nativos entregan a sus hijos voluntariamente a los militares antes de la edad estipulada por la ley porque no tienen cómo alimentarlos o porque quieren que reciban una formación. También se sabe que de vez en cuando el Ejército recluta a algunos jóvenes. Sea cual fuere el caso, esto es contrario a la ley.

La pregunta que surge al ver a esos adolescentes tratando de poner cara de malos es la siguiente: ¿será una buena estrategia llenar la zona de bases militares pobladas de soldaditos, con sus 18 años recién cumplidos, lidiando con *narcos*, madereros ilegales y senderistas, asiduos visitantes de este río? La respuesta es más que obvia.

Por otro lado, el Ejército complementa su estrategia con el trabajo de la Autodefensa. Se sigue apoyando en estas estructuras militarizadas para camuflar su incapacidad, y los comuneros han internalizado que la pacificación es una responsabilidad compartida, pero fundamentalmente suya.

Ante esta realidad, es difícil decirles que están contraviniendo el protocolo facultativo relativo a la participación de

niños en conflictos armados, cuando alguien tiene que defender a la comunidad, y quien debería —el Estado— se muestra incapaz de hacerlo.

Perlaschallay

La posguerra matiza los colores de manera diferente. Estuvimos en Ayacucho, otra de las zonas donde los Comités de Autodefensa fueron decisivos en la lucha antisubversiva. Quizá porque en este momento los Comités son cascarones, no se puede hablar de una presencia significativa de menores que participan en la Autodefensa; al menos no en la zona andina, que es la que vive una pacificación a media caña.

Ya no es como antes, aunque los niños siguen codeándose con armas e izamientos. En la comunidad de Hualchanca, en Cangallo, la Autodefensa ya no ronda, pero el Ejército obliga a los comuneros a participar en los desfiles durante las fiestas. Y obliga a todos, incluyendo a los niños.

Reina Alarcón es una niña de 15 años, hija de madre soltera. Ella debe representar a su mamá en los desfiles. Es obligatorio participar y los menores sustituyen a sus padres en caso estos

se encuentren ausentes por cualquier motivo: viaje, enfermedad o muerte.

La influencia militar es tan fuerte que ya es parte de la cultura, lo que echa por la borda cualquier intento de introducir, aunque sea, atisbos de prácticas más democráticas.

Los niños crecen rodeados de armas. Las guardan en las casas, debajo de la cama. Los modos y las formas —gritos, golpes, violencia familiar— son resultado de los veinticinco años de convivencia con un brutal autoritarismo que les llegaba por ambos lados. El pandillaje en las áreas rurales es otra novedad importada, producto de la violencia.

Inés Pillaca, asistente social de Jatarywawa, ha vivido muchos meses en estas comunidades. Ella nos contaba cómo los niños están acostumbrados a corear lemas en las reuniones que el Ejército convoca, en las que les explican para qué están organizados y cómo deben defenderse.

"Con esta formación militar las prácticas comunitarias se ven alteradas; parece que el presidente de la comunidad ha copiado el estilo del capitán de la base que antes les ordenaba. Los padres, a su vez, empujan a los niños por cualquier cosa, agarran palo y se lo avientan cuando hacen bulla. Por eso son niños callados, temerosos, desconfiados", dice Inés.

Estas son algunas de las consecuencias de una larga guerra y una pacificación que no termina de cuajar. Nadie garantiza que la historia no se repita: que 4.000 niños no vuelvan a ser involucrados en estrategias antisubversivas, casi como soldaditos de plomo, jugando a una ronda siniestra. ■

